

TAREAS PARA LA HISTORIA LITERARIA DE MEXICO

José Luis MARTINEZ

EN ALGUNOS PAÍSES puede ocurrir que el investigador, el aficionado o el simple estudiante, decididos a iniciar un trabajo de crítica, historia o erudición literaria, se encuentren con que ya todo ha sido hecho y no tienen otro recurso que repetir una tarea o aguzar la imaginación para descubrir una perspectiva no explorada. En México, por el contrario, las creaciones del espíritu se encuentran comúnmente tan desnudas de cultivo como tantas otras riquezas nuestras, y ello puede ser una promesa de fortuna para quienes se sientan llamados a seguir este camino. Varias generaciones de historiadores, eruditos y críticos han desbrozado el campo y establecido las bases para los nuevos estudios. Y a nosotros toca la continuación de esta tarea fundamental que aspira a incorporar a la cultura de México los testimonios más profundos y lúcidos de su conciencia y su imaginación.

Sin embargo, todos estos trabajos que están aguardando operarios que los emprendan no se presentan siempre con oportunidad ante la expectativa de los estudiosos, y no es extraña su perplejidad cuando tratan de elegir el campo al que han de consagrar su investigación, lo mismo si se trata de tesis profesionales que de trabajos de aficionados o de profesionales de las letras. Esta perplejidad tiene su origen en el escaso conocimiento que se posee de los estudios fundamentales sobre nuestra historia literaria, o en la dispersión o en la rareza bibliográfica de éstos. Y de hecho, si no se contara con un consejo experimentado, sería necesario, antes de emprender un estudio de literatura mexicana, navegar por un extenso, confuso y muchas veces inaccesible repertorio de textos críticos.

Aspiran las presentes notas a ofrecer un panorama general de la situación en que se encuentra el estudio de la literatura mexicana y, particularmente, un inventario aproximado de las

tareas más visibles e importantes que se encuentran aún por hacer en este campo. Y las mueve la esperanza de que nuevos operarios de buena voluntad se unan a los ya numerosos que, desde hace siglos, trabajan por conocer, apreciar y difundir nuestra cultura literaria.

ESTUDIOS MONOGRÁFICOS Y PROPIAMENTE DE HISTORIA LITERARIA

Las letras indígenas.—Los estudios sobre la literatura en lenguas indígenas son los de más tardía aparición entre los de nuestra historia literaria. Fué acaso Victoriano Agüeros el primero que, en 1880, incorporó algunas consideraciones sobre nuestra poesía indígena en una visión histórica de las letras mexicanas. Posteriormente, José María Vigil se ocupó del códice llamado *Cantares mexicanos*, y escribió una excelente biografía de Netzahualcóyotl. Ya en nuestro siglo, Rubén M. Campos compiló, en 1936, todos los materiales que, según su criterio, podían constituir *La producción literaria de los aztecas*. Más recientes aún son las monografías, realizadas con espíritu científico, sobre la producción literaria en lenguas náhuatl y maya, aunque, salvo breves observaciones, la perspectiva que domina en ellas es la histórica y la antropológica. Faltan los estudios de conjunto, que relacionen entre sí esos diversos monumentos prehispánicos, y que precisen sus fuentes, juzguen sus versiones españolas y analicen sus formas, elementos y valores literarios.

No se han estudiado aún los aspectos literarios de numerosos textos indígenas, pues la literatura aparece con frecuencia mezclada en ellos con la historia, la cronología, los mitos, las profecías y las tradiciones. En el *Códice de Yanhuitlán*, en los *Anales de Tlaltelolco* y en los *Anales de Quauhtinchan*, por ejemplo, o en las historias y crónicas de Sahagún, Durán, Veytia, Alva Ixtlilxóchitl, Solís y Beaumont existen muchos textos indígenas de índole literaria que aún no han sido separados y valorados.

Hay, por último, noticias sobre la supervivencia —durante el período colonial y el independiente— de obras literarias en lenguas autóctonas a las que no se ha prestado atención. Debe existir, igualmente, una producción popular y folklórica en

lenguas indígenas que, salvo publicaciones aisladas y fragmentarias, es desconocida para la mayoría.

El período colonial.—Mucho se ha trabajado, desde las pos-trimerías de la Colonia, por organizar su conocimiento histórico literario. Un contingente notable de eruditos, entre los que debe recordarse a Eguiara y Eguren, Beristáin y Sousa, José Fernando Ramírez, García Icazbalceta, Pimentel, León, Andrade, Rangel, Vigil, González Obregón, Romero de Terreros, Gómez de Orozco, Monterde, Toussaint, Abreu Gómez, Jiménez Rueda, Reyes, Castro Leal, Rojas Garcidueñas, Gabriel y Alfonso Méndez Plancarte, y junto a ellos algunos extranjeros como Medina, Guerra y Orbe, Menéndez y Pelayo, Henríquez Ureña, Schons, Spell, Leonard y Vossler, han realizado excelentes trabajos sobre las letras coloniales, los más de erudición y sólo muy pocos de interpretación crítica.

Pero los siglos coloniales, no obstante, siguen siendo una vasta y oscura mina de la que sólo conocemos sus líneas principales. Aún pueden reservarnos descubrimientos como los de Gabriel Méndez Plancarte sobre la trascendental significación de los humanistas del siglo xviii, los de Alfonso Méndez Plancarte sobre tantos poetas olvidados de los siglos xvi y xvii, o el de Pablo González Casanova sobre la poesía popular de fines del siglo xviii.

La exploración de la historia cultural de la Colonia parece haber seguido un plan cronológico previsto. García Icazbalceta inicia magistralmente los estudios sobre el siglo xvi; el bibliógrafo Andrade y los primeros sorjuanistas y alarconianos modernos —Vigil, Menéndez y Pelayo, Guerra y Orbe, respectivamente— abren la brecha del xvii, siglo de las grandes figuras, y en 1910 Pedro Henríquez Ureña, desde la magnífica *Antología del Centenario*, da el primer toque de atención sobre la importancia cultural del siglo xviii, llamado que sólo recogerán, varias décadas más tarde, Gabriel Méndez Plancarte, y tras él, los investigadores jóvenes del Colegio de México que se han interesado particularmente por la renovación filosófica y la historia de las ideas durante la centuria final del virreinato.

Sin embargo, aun en estas exploraciones monográficas, quedan todavía muchas figuras y muchos problemas borrosos.

Algunos de los cronistas e historiadores, y poetas y prosistas como Terrazas, Balbuena, Sor Juana, Alarcón, Sigüenza y Góngora, Clavigero y Landívar cuentan ya con buenos estudios, aunque sin duda superables en muchos casos y siempre posibles de enriquecerse, como lo han mostrado, en el caso de Sor Juana, los estudios publicados en ocasión del tricentenario de su nacimiento. Pero junto a estas personalidades privilegiadas quedan muchos escritores, grandes, menores y pequeños, que apenas han sido tocados; quizá sea preciso conservarlos en el olvido o en una mención esquemática, pero es necesario asegurarnos de que ése es el lugar justo que merecen.

Contamos con útiles panoramas históricos de la literatura y de la cultura colonial —debidos a Francisco Pimentel, Marcelino Menéndez y Pelayo, Carlos González Peña, Julio Jiménez Rueda y Alfonso Reyes— que, por lo general, son sistematizaciones de las monografías y de las investigaciones que les han precedido, y arrastran, consiguientemente, sus excelencias o sus limitaciones. Pero, vista en conjunto, la literatura colonial presenta aún muchas zonas imperfectamente conocidas. Rojas Garcidueñas ha iniciado tan sólo la investigación del teatro novohispano; Alfonso Méndez Plancarte no ha concluido su fecunda y minuciosa exploración de la poesía; apenas comenzamos a saber de las novelas o prenovelas coloniales; la investigación de la literatura popular sólo nos ha revelado una muestra de su riqueza, y casi nada se ha hecho para conocer el vasto sermonario colonial y la no menos rica producción de prosa no narrativa.

El siglo xix.—Nuestro siglo xix, el primero en que se intenta una expresión literaria autónoma y nacional, es por ello mismo uno de los más sugestivos para el investigador. Existe un caudal considerable de estudios críticos y de historia literaria acerca de esa centuria, pero casi todos los escritos en el mismo siglo xix son más bien de índole biográfica, repertorios de noticias o valoraciones partidaristas, y sólo algunos, entre los recientes, tratan de organizar aquellos materiales y sujetar la desigual producción romántica a una crítica rigurosa.

Como ocurre con la Colonia, del siglo xix conocemos aproximadamente algunas figuras destacadas e ignoramos si hace-

mos justicia a una numerosísima legión de escritores menores al considerarlos como tales. Faltan, pues, tanto estudios monográficos como panoramas históricos. Con excepción de Navarrete, Fernández de Lizardi, Inclán, Altamirano, Justo Sierra, Acuña y López Portillo, que han merecido ser reeditados y estudiados con detenimiento, casi todos nuestros demás escritores del siglo XIX cuentan sólo con estudios parciales; por ejemplo, Payno, Ramírez, Prieto, Riva Palacio, Cuéllar, Gutiérrez Nájera, Rabasa, "Micrós", Delgado, Salado Álvarez, Díaz Mirón, Othón y Urbina, para no citar sino a los más importantes.

Los panoramas literarios existentes hasta ahora son, como los coloniales que continúan, resúmenes de los conocimientos alcanzados, pero como estos mismos son aún muy limitados, aquéllos se resienten de estas deficiencias. La poesía y la novela, aunque en forma parcial, han sido los géneros más estudiados. El teatro, el ensayo, la crítica literaria, la crónica, la oratoria, la literatura popular y folklórica y la prosa peiodística, política y doctrinal, en cambio, no se conocen sino a través de vagas alusiones. Es necesario, por consiguiente, poseer un conocimiento más completo y preciso de la literatura del siglo XIX para que sea posible organizar esos materiales en cuadros históricos y valoraciones críticas que nos permitan discernir y apreciar la significación y el mérito de las letras durante el siglo pasado.

Las letras contemporáneas.—De muy diverso orden son los problemas que propone al estudioso la literatura contemporánea. Por una parte hay un volumen mayor de producción, pero por otra existen también registros, recensiones bibliográficas y estudios más abundantes. Así, el problema principal no es, como para la literatura del pasado, el descubrimiento de autores y obras olvidados, sino más bien la selección de los valores representativos. Por otra parte, cuando se trata de historiar las letras contemporáneas, nunca se puede estar seguro de que, aunque se apliquen los más rigurosos y honestos métodos selectivos, se acertará en el sitio y la importancia que se conceda a los autores vivos, por ello mismo susceptibles de un crecimiento o una transformación. Todo lo más que puede hacerse es intentar provisionalmente cuadros aproximados

del desarrollo de generaciones y tendencias, y acopiar materiales para que en el futuro, quienes dispongan de suficiente perspectiva sobre nuestro tiempo, puedan realizar su historia literaria.

ESTUDIOS DE ZONAS ESPECIALES DE LA LITERATURA

Nuestros manuales y estudios suelen concebir casi siempre la literatura circunscrita a su forma de aparición oficial, es decir, a los libros. Pero el hecho es que sólo una parte de la producción literaria está contenida en los libros, y otra, muy considerable, queda dispersa en otros conductos, como las asociaciones literarias, los certámenes, los periódicos y las revistas. Es notoria la pobreza de las noticias que las historias de la literatura mexicana conceden a estas formas de producción, de las cuales sólo mencionan un breve número que, tradicionalmente, se ha venido repitiendo: la Arcadia Mexicana, la Academia de Letrán y el Liceo Hidalgo, en cuanto a las asociaciones; el certamen del *Triunfo parténico*; *El Siglo XIX* y *El Monitor Republicano*, por lo que se refiere a los periódicos, y *El Renacimiento*, la *Revista Azul* y la *Revista Moderna*, en nombre de las revistas. Sin embargo, es extraordinariamente rica la actividad y la importancia que ha existido en estos campos, y su estudio apenas ha llegado a la etapa del descubrimiento y de las primeras exploraciones. Las asociaciones literarias, por ejemplo, tuvieron durante el siglo XIX un desarrollo y una importancia excepcionales. De 1800 a 1900 funcionaron aproximadamente ciento cincuenta asociaciones en la República Mexicana, y su influencia sobre el curso de nuestras letras fué de primera importancia, ya que en ellas participaron casi sin excepción los escritores del siglo XIX, y en ellas se gestaron y discutieron todos los problemas y tendencias que rigieron el curso de nuestra historia literaria. Aparte de noticias aisladas, no existe hasta la fecha una monografía sobre tan importante capítulo, aunque se encuentra ya en proceso de publicación una excelente investigación, realizada por Alicia Perales, estudiante de la Facultad de Filosofía y Letras, y que habrá de ser una contribución fundamental para el conocimiento de la literatura mexicana.

Sobre los certámenes literarios en la época colonial existe

una tesis profesional que presenta un primer tratamiento del tema, aún muy limitado, y que puede enriquecerse tanto por lo que se refiere a los certámenes del mismo virreinato como por lo que toca a los posteriores.

Más amplio aún que el desarrollo de las asociaciones ha sido el del periodismo literario, ya sea en revistas especializadas o en periódicos. Puede afirmarse, sin temor a exageración, que cuando menos la mitad de la literatura que se escribió durante el siglo XIX y aun en el actual ha quedado sepultada en periódicos y revistas que, de hecho, aún no se han estudiado. Existen buenos catálogos de las revistas que se publicaron en el siglo pasado y en el actual; se han realizado algunos análisis de revistas o periódicos de especial interés, pero falta aún un estudio monográfico de nuestro periodismo literario. Su realización presenta indudablemente grandes problemas de método, de acopio de materiales y de volumen de trabajo, y acaso no pueda ser llevado a cabo más que por un equipo de investigadores especializados. Pero los frutos que rendiría este trabajo enriquecerían insospechadamente nuestro pasado literario y, lo mismo que el estudio de las asociaciones, nos proporcionarían un conocimiento más preciso y completo de lo que ha sido en verdad la literatura del país.

Pueden comprenderse también dentro de esta sección de estudios de zonas especiales de la literatura, los que pueden consagrarse a cada uno de los géneros, como la poesía, la novela, el cuento, el relato, el teatro, el ensayo, la crónica, la literatura de viajes, la crítica, la prosa doctrinaria, etc., o a las diferentes corrientes o escuelas que registra nuestra historia, como el renacimiento, el barroco, el neoclasicismo, la época de la independencia, el romanticismo, el realismo, el modernismo y la época contemporánea. Y aun pueden agregarse los estudios dedicados a disciplinas conexas con la literatura, como la imprenta y la tipografía, todos ellos apenas iniciados si no es que absolutamente intactos.

ESTUDIOS DE ZONAS GEOGRÁFICAS

El orgullo regionalista ha dado un impulso considerable a los estudios, antologías y bibliografías de literatura regional, y son ya pocos los Estados de la República que no cuenten

con florilegios y estudios de sus glorias locales. Sin embargo, estas obras se encuentran por lo general realizadas con un espíritu sólo atento a la vanidad provinciana, y poco perspicaz, en cambio, para discernir, tras las fronteras políticas, aquellas otras que acotan estilos regionales. Parece necesario, en efecto, distinguir en el cuerpo total de la literatura mexicana cada uno de los matices con que contribuyen nuestras más diferenciadas regiones geográficas: el Norte, las Huastecas, el trópico, la altiplanicie, el Bajío, la región jalisciense y michoacana, el Sur y la península yucateca, así como, por ejemplo, en la literatura española se distinguen muy nítidamente una escuela sevillana, una cordobesa, una salmantina, una castellana, una gallega, una catalana y una montañesa. Los timbres particulares que aportan cada uno de nuestros grandes escritores, además de asemejarse por los rasgos comunes nacionales, tienen también un parentesco cuando se trata de los escritores provenientes de una misma región. Cuatro poetas paisajistas, como Altamirano para el trópico suriano, Othón para los desiertos del Norte, Díaz Mirón para el trópico veracruzano y Urbina para el paisaje de la altiplanicie, podían constituir una primera localización y ejemplo de algunos de nuestros estilos regionales, y en torno a ellos podían asociarse otros escritores que participaran de rasgos estilísticos semejantes.

ESTUDIOS CON TÉCNICAS CRÍTICAS ESPECIALES

En las últimas décadas, los estudios literarios han registrado un notable progreso con la aplicación de métodos críticos como el filológico, el histórico y el estilístico, cuyo objetivo principal es el de afinar y precisar lo más posible el conocimiento de los valores literarios. Sin embargo, a pesar de los admirables resultados que rinde la aplicación de estas técnicas, aún no puede afirmarse que todas ellas se han incorporado a los estudios literarios mexicanos. Hay ciertamente una tradición, cuyo origen puede reconocerse en las monografías de García Icazbalceta, de buenos estudios según el método histórico y, aunque aisladas, contamos con investigaciones filológicas de algunas obras literarias. En cambio, no existe todavía ningún estudio propiamente estilístico. Algunos de Alfonso

Reyes, Francisco Monterde, Ermilo Abreu Gómez, Xavier Villaurrutia y Arturo Rivas Sáinz se aproximan al rigor analítico de este método crítico, aunque en casi todos ellos se prefiere seguir caminos de aproximación personal y mezclar, creo que plausiblemente, el análisis puro de la estilística con el acopio documental del método histórico y las valoraciones y juicios de la crítica tradicional. Pero ya sea que se emplee el método en su pureza o se le ajuste a nuestras propias predilecciones, existe aún un campo muy rico al que pudieran aplicarse los estudios estilísticos. Aparte de los ensayos acerca de lenguajes poéticos individuales, todos ellos por hacer, es posible dedicar otros a los de estilos de épocas, de regiones geográficas o de géneros y corrientes literarios; a temas especiales, como el paisaje, las costumbres, los temas históricos, la aventura, la visión de la realidad, etc., o a conceptos como el amor, lo heroico, el honor y tantos otros.

Existen ya, afortunadamente, estudios clásicos en lengua española realizados según este método y que pueden servir de ejemplo y de guía para quienes aspiren a emularlos en el vasto y aún inculto campo de las letras mexicanas. Así, por ejemplo, los de Dámaso Alonso sobre la poesía de Góngora o el reciente y no menos notable de Raimundo Lida sobre la prosa narrativa de Rubén Darío. Los tres primeros volúmenes de la *Colección de Estudios Estilísticos* que publica el Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires pueden ser, igualmente, una excelente introducción al método, tanto en su aspecto teórico —contenido en el volumen intitulado *Introducción a la estilística romance*, que incluye ensayos de Karl Vossler, Leo Spitzer y Helmut Hatzfeld— como en su aplicación, representada aquí por el *Ensayo sobre la novela histórica* y *El modernismo en "La gloria de don Ramiro"*, de Amado Alonso, y los trabajos de Charles Bally, Elise Richter, Amado Alonso y Raimundo Lida sobre diferentes aspectos de *El impresionismo en el lenguaje*.

HISTORIA DE LAS IDEAS LITERARIAS

Otra moderna perspectiva de los estudios de historia cultural, de resultados no menos fecundos que los de la estilística, y también apenas introducida en México, es la investiga-

ción de la historia de las ideas literarias, es decir, de la acción que ciertas ideas y tendencias doctrinarias han tenido sobre nuestras letras. Y si por lo regular en todo tiempo la creación literaria se ve impulsada y dirigida hacia algún propósito general y se rige en lo interno por un repertorio de juicios y valoraciones estéticos, en las épocas de grandes transformaciones sociales estos propósitos y doctrinas adquieren una forma más definida e imperiosa, y ocurren entonces las que pudieran llamarse revoluciones literarias.

Durante la época colonial esta fuerza activa de nuestra literatura se contentó, en términos generales, con repetir, matizándolo, el curso de las letras españolas, si bien se iba realizando, al mismo tiempo, un lento proceso de maduración y de independencia. Pero a partir de los primeros años del siglo XIX la literatura, al igual que las demás disciplinas del pensamiento, adquirió una intensa electricidad ideológica con la que participaba, a su manera, en el complejo proceso de la elaboración e integración de nuestra cultura. Luego, durante la segunda mitad del siglo pasado, las letras se consagraron a madurar aquella independencia intelectual y a realizar una expresión nacional y original, según la doctrina que postulaba el maestro Ignacio Manuel Altamirano. En las postrimerías del siglo aquel nacionalismo fué sustituido, no sin debates y oposiciones, por el cosmopolitismo y el concepto de un arte nuevo que proponía la escuela modernista. Ya en nuestro siglo, el principal cambio de dirección parte de la generación de 1910, o del Ateneo de la Juventud, que realiza, en el campo de la cultura, una revolución paralela a la política y social que entonces se iniciaba.

Existen ya algunas monografías dedicadas a ciertos aspectos de la historia de nuestras ideas literarias y otras que, incidentalmente, se refieren a ella. Para el período colonial, por ejemplo, son útiles a este respecto los estudios de Julio Jiménez Rueda sobre las *Herejías y supersticiones de la Nueva España* y sobre la *Historia de la cultura en México* durante el virreinato. En el primero se registran muchas expresiones literarias de las ideas religiosas, y el segundo, que es de hecho una historia de las instituciones coloniales, ofrece los rasgos generales de las ideas literarias en aquel período. Pero la parte de la Colonia que ha recibido una atención más detenida, en

este aspecto de la historia de las ideas, ha sido la segunda mitad del siglo XVIII. Como ya se ha indicado, partiendo del llamado de atención que sobre la importancia cultural de aquella centuria lanzó Henríquez Ureña en 1910, Gabriel Méndez Plancarte, en 1941, publica un excelente estudio sobre los humanistas de entonces, en el que muestra sobre todo cómo el grupo de jesuitas desterrados a Italia preparó ideológicamente nuestra independencia e inició la afirmación de una conciencia mexicana. Varios estudios posteriores, realizados en un seminario dirigido por José Gaos, aunque consagrados fundamentalmente a los aspectos filosóficos e históricos de esta etapa, contienen datos aprovechables para la historia de las ideas literarias.

En circunstancias semejantes se encuentran las notables monografías que Leopoldo Zea ha escrito sobre el proceso de la emancipación mental de Hispanoamérica —en su libro *Dos etapas del pensamiento en Hispanoamérica* (1949)—, a principios del siglo XIX, y sobre el positivismo de las postrimerías de la misma centuria. Su perspectiva y su objetivo son filosóficos, pero implican, al mismo tiempo, procesos y hechos válidos también para la literatura.

La historia de las ideas propiamente literarias del movimiento de emancipación mental en Hispanoamérica, y particularmente en México, ha sido tratada por mí en un estudio aparecido en la revista *Cuadernos Americanos* (1950, núms. 5 y 6). Mi estudio se propone registrar aquel movimiento durante la primera mitad del siglo XIX, en que tuvo su mayor importancia, y se refiere luego, aunque sin agotarlo, al movimiento nacionalista, corolario del esfuerzo emancipador, que acaudilló el maestro Altamirano en el último tercio del siglo XIX, movimiento singularmente importante tanto por la amplitud que llegó a tener como por la consistencia de la ideología en que se apoyaba.

En cuanto al período modernista, los estudios generales son abundantes. Algunos de ellos tocan la historia de las ideas estéticas que fueron, entonces, particularmente importantes, pero ninguno de estos estudios se ha consagrado en especial a esta cuestión. Por otra parte, la investigación de las ideas literarias durante el modernismo debe considerar, al mismo tiempo, el debate que en aquellos años se suscitó entre los

partidarios de la renovación y el cosmopolitismo modernistas, por una parte, y los discípulos aún fieles del maestro Altamirano, que aspiraban a mantener la empresa nacionalista y popular que tan fértil había sido. Cuando se estudie adecuadamente esta polémica literaria, una de las más interesantes de nuestra historia, podrá advertirse que, en la época llamada por extensión modernista, no era ésta la única corriente significativa, y que acaso sean sus opositores los que tengan la mayor justificación histórica. Sin embargo, debe reconocerse que los modernistas, pese a su descastamiento, pese a su desarraigo de lo nacional y a sus pretensiones de cosmopolitismo, realizaron una obra de excepcional calidad literaria y contribuyeron a encauzar nuestras letras en una circulación universal, que es tan necesaria para la salud de una literatura como aquel arraigo en lo nativo por el que propugnaron los novelistas adictos al nacionalismo.

Me parece que la mayor importancia de esta polémica radica en el hecho de que en ella se establecen por primera vez, con precisión y en conceptos modernos, los términos de las dos actitudes que van a dominar en la literatura de la primera mitad del siglo xx. Ciertamente, desde los días de Fernández de Lizardi se habían planteado aquellas posturas, y hacia 1868 Altamirano proclamó la necesidad de una literatura nacionalista y popular como el mejor de los recursos con que podían contribuir nuestras letras a la integración de la cultura mexicana; pero la tendencia que ellos representaban no tuvo, ni en uno ni en otro caso, una oposición doctrinaria y práctica digna de considerarse. Por el contrario, las ideas que expusieron Amado Nervo y Jesús E. Valenzuela, representantes del modernismo, por una parte, y la doctrina nacionalista y popular que defendieron Victoriano Salado Álvarez y José López Portillo, por otra, contenían teorías de corrientes literarias destacadas, y llevaban implícito, además, todo un repertorio de actitudes ante la sociedad y ante la cultura.

En la misma situación que los estudios de las ideas literarias durante el modernismo se encuentran los concernientes a la época contemporánea. Existen muchos esbozos y observaciones útiles en los estudios de literatura general, pero aún no se ha emprendido ninguno dedicado especialmente a la historia de las ideas.

Faltan, pues, sobre todo, estudios de conjunto para las diferentes épocas de nuestra literatura, estudios que nos permitan apreciar cuál ha sido el curso seguido por las ideas que han movido nuestra expresión literaria.

ESTUDIOS "GENERACIONALES" Y SOCIOLÓGICOS

Otro aspecto casi virgen de nuestros estudios literarios es la aplicación de la teoría de las generaciones a la historia literaria. Es posible que este método sea impracticable o muy difícil por lo que respecta al período colonial, debido a las considerables lagunas de que adolecen las noticias que poseemos sobre la materia. Pero en el siglo XIX y en el actual creo que la aplicación del método "generacional" nos proporcionaría una visión más orgánica y viva de nuestra vida literaria, por cuanto de esta manera se restablecería la fuerte cohesión que ha existido entre el escritor y la sociedad, y se relacionarían las obras y las aportaciones individuales con las diversas generaciones y sus particulares empresas, de las que aquéllas forman parte.

Muchos otros aspectos de estas fundamentales relaciones entre literatura y sociedad —que desembocan naturalmente en la sociología de la literatura— están aún en espera de investigadores. Así, por ejemplo, el estudio de la sociología del gusto literario, tal como lo ha emprendido Levin L. Schücking en su precioso trabajo de este título; la exploración sociológica de las condiciones en que se ha desarrollado en México la vida literaria; la situación económica del escritor, su sitio y su función en la sociedad y el ambiente, y las costumbres de las diferentes etapas de nuestra historia literaria. Quien se consagre a este estudio se sorprenderá de los abundantes y curiosísimos materiales que, para documentar su empresa, le esperan en prólogos, en pasajes de novelas, en cuadros de costumbres y en artículos en que los escritores de antaño, doliéndose de las adversas circunstancias que debían afrontar, consignaban multitud de noticias sobre sus condiciones sociales.

ESTUDIOS DE LITERATURA COMPARADA

Los estudios de literatura comparada se encuentran en una situación semejante a la mayoría de los que antes se han

reseñado: existen numerosos apuntes parciales, pero ningún trabajo sistemático y completo. El mapa de los afluentes literarios del exterior que llegan a nuestras letras es singularmente rico. Comenzamos por ser el fruto de un cruce de civilizaciones y, a lo largo de nuestra historia, hemos continuado recibiendo aportaciones fundamentales: la española, en primer lugar, y luego las clásicas, la francesa, la italiana, la inglesa, la alemana y la norteamericana. Aparte de nuestras relaciones culturales con España, las que más se han estudiado (aunque no en su totalidad) han sido las influencias clásicas y francesa en México. En cambio, casi nada sabemos de las restantes y de la importancia fecundizadora que han tenido en nuestras letras. Asimismo, tampoco se ha estudiado en su conjunto la influencia que nuestra literatura, sobre todo la contemporánea, ha tenido en el extranjero, ni se ha tocado todavía el problema que presentan los que podríamos llamar trasplantes culturales, por ejemplo, el de los jesuitas mexicanos del siglo XVIII desterrados a Italia, el de los emigrados políticos cubanos que encontraron asilo en México en la segunda mitad del siglo XIX, o recientemente, el de la extraordinaria emigración de intelectuales españoles que recogió México tras de la guerra civil. ¿Adónde pertenece la obra que realizan estos escritores desterrados? ¿Cuáles son sus características y cuáles sus notas comunes? ¿Cuáles los procesos y las transformaciones que sufre la producción literaria tras del destierro de sus autores? ¿Cuándo las obras realizadas en el destierro experimentan el impulso renovador y rebelde de una poda y cuándo, por el contrario, decaen invadidas sólo por una melancolía negativa? Preguntas que, como tantas otras que propone nuestra cultura, esperan aún una respuesta madura.

INSTRUMENTOS PARA EL INVESTIGADOR Y EL AFICIONADO

Una de las circunstancias que más dificultan el progreso y la consistencia de nuestros estudios literarios es la pobreza o la ausencia de instrumentos que faciliten la investigación. Considero, entre estos que llamo instrumentos, las bibliografías, las hemerografías, los índices de los contenidos de revistas y periódicos, los repertorios biográficos, las antologías, las colecciones de textos y las ediciones críticas. En cada una de

estas disciplinas se han realizado ciertamente obras muy valiosas, pero que en ningún caso han agotado su materia respectiva. Cuando el investigador o el simple aficionado se deciden a emprender una lectura, un estudio o una investigación, no suelen contar con instrumentos de esta naturaleza, accesibles y eficaces. Las bibliografías con que contamos, sobre haberse convertido ya en rarezas, no se encuentran al día y no son suficientes, pues aún no contamos con una bibliografía de ensayistas y críticos, por ejemplo, que tantas confusiones ahorrarían al investigador. Por lo que se refiere a los catálogos de revistas literarias, Jefferson Rea Spell ha formado dos muy cuidadosos de las que se publicaron en el siglo XIX y en el XX; pero no existe aún una buena hemerografía de los periódicos que contienen contribuciones literarias, y tampoco se ha emprendido aún esa ingente pero benemérita tarea que es la de formular índices acumulativos de los contenidos literarios de nuestras revistas y periódicos, tarea que, cuando se lleve a cabo, prestará grandes servicios a los estudiosos y nos hará conocer realmente todo el tesoro de nuestras letras. Los repertorios biográficos no han contado, en nuestro siglo, con un trabajador tan constante como Francisco Sosa, que aumente y modernice el caudal que nos dejó el escritor yucateco. En cuanto a las antologías podemos enorgullecernos de poseer una obra ejemplar en la materia, la *Antología del Centenario*, de la que sólo deploramos que se reduzca a la época de la Independencia. Muchas otras, como las de Castro Leal y Jiménez Rueda, de la poesía y la prosa respectivamente, son útiles en sus propios campos, pero carecen de aquella generosa y sabia amplitud de la que auspició Justo Sierra y realizaron Luis G. Urbina, Pedro Henríquez Ureña y Nicolás Rangel. Nos faltan, pues, otras antologías que, con el mismo método que la del Centenario, cubran las etapas restantes.

Cuatro colecciones de textos literarios mexicanos se han emprendido hasta ahora: la *Biblioteca de Autores Mexicanos* de Victoriano Agüeros, la *Biblioteca del Estudiante Universitario* que edita la Universidad de México, la *Colección de Escritores Mexicanos* de la Editorial Porrúa y la reciente serie *Letras Mexicanas*, del Fondo de Cultura Económica. La de Agüeros, que comenzó a publicarse en 1895, consta de setenta y siete volúmenes. Está formada exclusivamente por autores

del siglo XIX, y de preferencia los que pertenecían a la tendencia conservadora del editor. Faltan, por ello, en esta Biblioteca las obras de Prieto, de Ramírez, de Riva Palacio y de muchos otros; y si figura un tomo con las poesías y algunos ensayos de Altamirano fué porque el editor, ya muerto el maestro, no tuvo escrúpulos en suprimir y alterar tendenciosamente las opiniones liberales del autor. En los demás tomos Agüeros no tuvo necesidad de expurgar, pero a menudo fué descuidado; de aquí que no sea aconsejable confiar en los textos que ofrece esta Biblioteca. Sin embargo, hay en ella muchos tomos indispensables para el estudiante de las letras mexicanas. Desde luego, los diez volúmenes que coleccionan los estudios de García Icazbalceta; los que contienen el teatro, incompleto, de Gorostiza; los que dieron a conocer las novelas de López Portillo y Delgado; los dos volúmenes que reúnen novelas cortas de varios autores; los de Sierra O'Reilly, y los que contienen estudios de Couto, Revilla y del mismo editor Agüeros.

La *Biblioteca del Estudiante Universitario*, iniciada en 1939, consta en la actualidad de setenta volúmenes. En ellos se encuentran buenas ediciones de los libros esenciales de nuestra literatura, selecciones de aquellas obras que por su extensión no podían publicarse íntegras, y antologías de ciclos o géneros literarios. Todos los volúmenes van precedidos de estudios críticos confiados a especialistas, estudios en muchos casos notables y que han venido a ser aportaciones fundamentales en su materia. Pese a su carácter a menudo fragmentario, esta colección es la que reúne un panorama más extenso y orgánico de nuestra cultura literaria. Allí figuran los textos fundamentales de la época prehispánica, las obras representativas del período colonial, la mayor parte de los autores y de las corrientes literarias del siglo XIX, y aun algunos de nuestro siglo.

La *Colección de Escritores Mexicanos* se inició en 1944, aún con ciertos titubeos y anarquías, bajo la dirección de Joaquín Ramírez Cabañas; pero a partir del volumen 11, en que la tomó a su cargo Antonio Castro Leal, la *Colección* inició un camino que la llevaba no sólo a superar las deficiencias y las limitaciones de la *Biblioteca* de Agüeros, sino a convertirse en la mejor colección de escritores mexicanos. En ella se ha

procurado ofrecer ediciones depuradas de los textos, precedidas de una introducción crítica y de una biografía y una bibliografía del autor. Han aparecido algunas obras de la época colonial, pero la mayoría de los volúmenes están dedicados a autores del siglo XIX, y hay, además, algunos de autores contemporáneos. Se han publicado hasta ahora sesenta y dos volúmenes, en su mayoría indispensables en toda biblioteca mexicana. Así, por ejemplo, la *Historia antigua de México* de Clavigero, en su texto original castellano, *Los bandidos de Río Frío* de Payno, las novelas de Riva Palacio, las *Memorias* de Fray Servando, el estudio de García Icazbalceta acerca de Zumárraga, *El Periquillo Sarniento* de Fernández de Lizardi, las novelas de López Portillo, Rabasa, Delgado y Castera, los estudios sobre literatura mexicana de Altamirano, *México y sus revoluciones* del doctor Mora, y las colecciones de poesías completas de Acuña, Díaz Mirón y Urbina. Afortunadamente, la *Colección de Escritores Mexicanos* apenas ha principiado su vida, pues tiene aún un largo camino que recorrer para bien de nuestra literatura.

La colección *Letras Mexicanas* acaba de nacer, de manera que aún no es tiempo de hablar de ella. Se han publicado (octubre de 1952) cuatro volúmenes, con obras de Alfonso Reyes, Juan José Arreola, Enrique González Martínez y Francisco Rojas González. Y se anuncian otros volúmenes interesantes, como la *Antología del corrido mexicano* y la *Antología de la sátira popular*. Los libros de esta serie se señalan por su corrección y su elegancia.

Pero además de estas colecciones de textos, aún en curso de publicación y abiertas por ello mismo a la colaboración de los estudiosos, son necesarias, en algunos casos, ediciones críticas y aun obras completas de ciertos autores mexicanos. Cuando se trata de escritores de obra breve y oportuna y eficazmente editada, esta labor ha sido fácil. Mas cuando han ocurrido otras circunstancias, los textos de muchos de nuestros escritores han quedado dispersos y casi inaccesibles en volúmenes y folletos raros, en ediciones parciales o antológicas y en las páginas de revistas y periódicos. Y ha ocurrido esto no sólo con los escritores de menor importancia, pues, por ejemplo, nunca se ha editado toda la producción periodística y folletera, aspecto de los más importantes de la obra de Fernández de

Lizardi; aún no existe una buena edición del teatro de Ruiz de Alarcón, y sólo la oportunidad de su centenario nos ha permitido disponer de una edición depurada de la obra de Sor Juana. Otro tanto pudiera afirmarse de la mayoría de los autores del siglo XIX, que salvo casos excepcionales como el de Justo Sierra y alguno más de menor significación, siguen siendo conocidos sólo por ciertos aspectos afortunados de sus obras.

Tiene, pues, el aficionado a los estudios eruditos un campo vastísimo en todas estas disciplinas, y la cierta promesa de que su esfuerzo será siempre provechoso y redundará en un acrecentamiento de los estudios generales acerca de nuestra literatura, y en un conocimiento más completo y justo del acervo cultural de México.

TAL ES, A GRANDES RASGOS, el panorama que se ofrece a los estudiosos e investigadores de las letras mexicanas. Como habrá podido advertirse, existen numerosas aportaciones parciales que han desbrozado ya la maleza y que han abierto las primeras brechas, pero faltan, sobre todo, estudios de conjunto, estudios realizados desde perspectivas especiales, y estudios que apliquen las modernas técnicas críticas y los nuevos conceptos culturales, e instrumentos que faciliten la tarea de los investigadores. Parece también necesario, por otra parte, emprender una vasta tarea de revaloraciones y ajustes de muchos juicios convencionales y en muchos casos ligeros que se van transmitiendo nuestros manuales.

Ahora bien, ¿qué sentido último pueden tener estos trabajos y cuál puede ser la justificación final que los asista? La literatura mexicana, como la de todos los países, es la expresión más intensa de la conciencia y la imaginación de México, y su conocimiento y su estimación son factores importantes en nuestra integración cultural. Mas para conseguir que nuestros escritores lleguen a su pueblo y le entreguen con fidelidad su testimonio, es necesario que podamos ofrecerle semblanzas vivas de la personalidad de nuestros autores, análisis aclaradores de sus obras y panoramas expresivos de la evolución de las letras nacionales. Es, pues, esta tarea un esfuerzo cuya nobleza reside en su aspiración a incorporar al acervo de la cultura viva de México los testimonios más profundos de su conciencia y de su imaginación.